

PRIMER LUGAR

Pepe Romeiro

Cr45

4/23

Una frágil rama mecida por el viento

Hay imágenes persistentes ahí abajo, en el pozo de la memoria, que siempre vuelven. Imágenes que dicen algo de lo que somos y de lo que pudimos haber sido, de eso que finalmente no fuimos, quizás a pesar de nosotros mismos. Esas imágenes tienen una especie de aura, un cierto misterio, una cosa metálica en su corazón. Son como bumeranes, van y vuelven. Siempre. Entre esas hay una conversación que me asalta. En ella tengo quince años, curso octavo de bachillerato en Chimila, un pueblo perdido en los pliegues de la Sierra Nevada de Santa Marta, y estoy acaballado sobre una horqueta de un palo de mamoncillo. En una rama, un poco más arriba, está Jaime Arenas, un año mayor que yo. Asistimos al mismo salón de clases. Se diría que nos une una amistad temprana, sin fisuras y a primera vista. Corre una brisa agradable. Chupamos las pepas de una en una, sin prisa, con el cuidado de no mancharnos las camisas. La mancha de mamoncillo es muy resistente al manduco. Tenemos toda la fruta y toda la tarde a nuestra disposición. Jaime, que es hábil para trepar, alcanza los ramilletes más altos y me regala algunos gajos. Supongo que hablamos de pendejadas varias, sobre todo de futbolito y de chicas utópicas. La escena es tan cotidiana que no la recordaría si él no hubiera dicho, con cierta desfachatez:

—Sabe qué, marica, no voy a volver al colegio.

Yo le pregunto que cómo así, que cómo fue. Me dice que sí, que ya no va a estudiar más, que para qué carajos, si en ese pueblo estudies o no estudies no hay diferencia, que lo ha pensado mucho y que, finalmente, tan pronto como termine el año lectivo o, cuando más, después de año nuevo, se irá con su primo Hugo Rodríguez para la guerrilla. Que de hecho, Hugo ya lleva unas semanas enrolado y que le ha dicho que allá se la pasa muy bueno y que le ha estado insistiendo con que se vaya ahora, pero que él quiere terminar octavo, porque ya le falta poquito y quiere quedar goleador del campeonato de microfútbol y porque con todo lo que se ha esforzado para pasar álgebra con el profe Wilfredo Delgado, que es bien cuchilla, no quiere dejarlo así como así. Pero Jaime dijo algo más, dijo la frase por la que siempre vuelvo a la misma escena. Dijo:

—¿Por qué no nos vamos juntos? Mire que con su inteligencia allá seguro le iría muy bien. Ni siquiera tendría que echar bala.

Cada vez que lo recuerdo tengo que abrazarme fuerte del árbol para no caerme. No es que la propuesta fuera extraña en un pueblo y en un tiempo en el que el reclutamiento era pan de mañana y tarde. Era que hasta esa fecha nunca lo había pensado siquiera. Había estado muy elevado, un poco más arriba de todos los mamoncillos del mundo, tan metido en mis lecturas, en mis deberes y en mi ñoñería, que no había tenido tiempo para imaginarlo. Y ahora Jaime Enrique, el mismo muchacho bembón que vivía a cien metros de mi casa, que se había sentado durante tres años a mi lado y que creía ciegamente en mis capacidades, tanto que hasta me había permitido ser capitán del equipo de micro y había

defendido mi titularidad por encima jugadores más aptos, me lo estaba planteando así, en el vértigo de esas alturas y de esa tarde.

Yo le dije que no sabía. Y era cierto. No sabía. Todavía no sé.

Después dije algunas frases de postín, que creía que la causa de la guerrilla al menos era justa, que hacían bien en luchar por el pueblo, pero que yo no serviría para eso, que de hecho yo no servía para ninguna otra cosa (mamá siempre me repetía que no era capaz de ganarme el vapor de una olla), ni siquiera para bajar mamoncillos; que yo quería estudiar y cuando fuera más grande ir a la Universidad Nacional que me habían dicho quedaba en Bogotá; o de pronto hacerme sacerdote, como quería mi abuelo, entonces tendría que ir al seminario de Piedecuesta, donde ya estudiaba Leonel Grimaldo, un muchacho del Barrio Abajo. Tuve que decirle eso, no porque de veras lo pensara, sino porque le tenía tanto miedo a tantas cosas, que el miedo me mantenía paralizado, incapaz de comprometerme con algo, aunque era preferible pasar como alguien con proyectos interesantes a mediano plazo.

Después ya no me dijo nada más de aquello, ni yo le pregunté cosa alguna. Una vez en tierra, nuestras conversas siguieron girando sobre lo mismo: el futbolito de siempre, las películas de Van Damme que echaban los domingos por la tele o las tetas de las hijas de Chepe Quintero, que insistíamos en agarrárselas mientras jugábamos a la lleva en el río. Íbamos y veníamos de aquí para allá y de allá para más adelante. Siempre a salto de matas, un poco en la cancha, en los potreros detrás de las burras, en el sembrado de yuca que teníamos en la granja

escolar o dándonos un chapuzón en La Bejuca, en Pozo Azul y hasta más arriba. Con Jaime se pasaba bien, sabroso, despreocupado. Se diría que en realidad nos queríamos y nos cuidábamos, ni más, ni menos.

Yo le ayudaba con las tareas, en esas tardes calurosas en que nos echábamos en el corredor a resolver los ejercicios de factorización del álgebra de Baldor, Él me permitía ganar confianza en mí mismo, me daba consejos de cómo hacerle con las chicas y la pelota, que igual no me funcionaban.

Chimila, un pueblito de setecientos habitantes, era entonces un escenario sin puertas, por donde desfilaban los distintos actores de la guerra. La Policía había huido después de un hostigamiento, hacía más de seis años. El Ejército Nacional pasaba de vez en cuando, pero nunca se quedaba más de una semana. Los grupos guerrilleros eran los que, con todo el tiempo a su favor, habían echado raíces profundas en el caserío. El frente diecinueve de las Farc, el primero de diciembre del ELN y algunos reductos del EPL, cumplían el papel del Estado. Interventían en la vida de la gente, entraban y salían de todas las casas, resolvían los entuertos colectivos, hacían acto de presencia en las fiestas y ellos mismos hacían fiestas. No es que Chimila fuera un pueblo tomado por la guerrilla, es que Chimila era la guerrilla.

Los sábados en la noche nos íbamos con Jaime a la plaza, dábamos una vuelta por ahí con otros pelaos y veíamos las peleas de boxeo que organizaban los guerrilleros en la mitad de la calle. Jaime se metía al ruedo si le encontraban otro pollo que se midiera con él a coñazos. Pero como tenía fama de ser bravo y

no arrugársele a nada, casi siempre se iba invicto, sudoroso y feliz. Recuerdo que una noche pelearon Ronald Payares, otro compañero de octavo, y un chico al que llamábamos el comeyata y se dieron de lo lindo y se partieron la cara con rabia, pero sin odio. Aquello era una especie de club de la lucha, un ring callejero en el que se combatía por nada, solo por divertimento o para demostrarse más varón que los varones.

Nunca fui bueno para la pelea. Algunas veces tuve mis escaramuzas y un día hasta le pegué a Gersy Bravo, pero después me sentí cochinemente culpable. Gersy era más chico que yo y no se metía con nadie, quizá porque era hijo del pastor de la Iglesia Pentecostal. Estaba eximido de religión. No hacía tareas, ni asistía a esa clase, pero siempre pasaba con seis por un acuerdo con el padre Nacho, encargado de la materia. Pues bien, en medio de nuestra vagabundería, una tarde se nos dio porque había que pelear. Eso fue en séptimo. Primero pelearon Jaime y Pablo, después Fabián y Fredy y por último debíamos hacerlo Gersy y yo. Cuando nos llegó el turno parecíamos unos monigotes que se hubieran quedado sin cuerda. Nos miramos como a la espera de que pasara algo, cualquier cosa que nos librara de aquello, pero nada pasó. Así que, sin premeditación, le estampé un zambombazo en la mitad de la cara al muchachito, que no hizo nada para evitarlo. Tanta pasividad me derrotó. Me sentí horrible y con ganas de llorar. Al final, solo atiné a decirle:

—Pase más tarde y hacemos las tareas.

Él dijo que bueno, que pasaría.

Gersy pasó y eso era signo de que me había perdonado y ya después todo fue bien. Tanto que cuando mataron al cantante Rafael Orozco en Barranquilla, Gersy llegó a clases con un paquetaco de galletas saltinas y un latica de leche condensada y me invitó a compartir sus manjares a la orilla del Ariguanicito, mientras el resto del colegio era una sola lágrima dolorida.

Pero en octavo ya no estaban Gersy, ni Fabián, ni Pablo. Solo quedábamos Jaime, mi primo Fredy, Roland, que vivía al otro lado del río y nunca se sumaba a nuestros planes, y yotas. Pero esa tarde, estábamos los dos solos y hablábamos de futbolito y tetas y películas de patadas voladoras y hacíamos planes futuros, quizá conscientes de que vivíamos tiempos de cambios y penurias. Esa tarde dije que no porque no era capaz de decir que sí, ni de ganarme el vapor de una olla o de partirle la cara a otro sin sentirme cochinamente culpable. Y una vez dicho aquello, después seguí diciendo que no solo por manía, por costumbre.

Días después quedamos campeones del intercolegial de microfútbol. En diez partidos, Jaime metió 33 de los 34 goles que hizo nuestro equipo. ¡Una barbaridad! La mayoría de las veces, yo le había puesto el pase definitivo al estilo del Pibe Valderrama, profundo y al vacío, para que resolviera mano a mano contra el arquero rival. Cuando la pelota me caía, ya sabía dónde debía tirársela y él, que también lo sabía, trazaba las diagonales de memoria. Jugar así era fácil y bonito. Él salió goleador del torneo y le dieron una medalla. Le regaló su medalla a mi hermana Edilma, de la que llevaba un tiempo enamorado. Ella, que tenía trece años y nunca había tenido novio, no le prestaba mucha atención, pero él se desvivía en detalles. Ese mes de septiembre, le regaló un muñeco de peluche

grandote y costoso en el juego del amigo secreto. Ella se alegró con el regalo y la medalla, pero siguió invulnerable al asedio.

Al mes siguiente, el domingo 17 de octubre, el ELN asesinó en Chimila a mi tío Julio César. Faltaba una semana para terminar clases, porque teníamos con calendario cafetero, y estábamos en exámenes finales. Todavía lo pienso y no sé cómo le hicimos con Edilma y Fredy para estudiar con un dolor tan encarnado. En cambio sí recuerdo que la clase se convirtió en una trinchera. Nosotros tres éramos sobrinos del muerto, mientras los otros seis compañeros eran muy cercanos a los asesinos. Todas las chicas, por ejemplo, tenían novios guerrilleros. Así que el ambiente se cargó de una tensión malsana hecha de silencio y secretismo. Ellos hablaban de sus cosas en voz baja y nosotros, al margen, nos encerramos en un mutismo agresivo. Resolvíamos las evaluaciones y regresábamos a encerrarnos en casa sin hablar con nadie. En una mala hora habían desaparecido las amistades construidas en tres años. Supongo que los considerábamos culpables y ellos también nos veían como a bichos raros, familiares de un hombre al que se había acusado de paramilitarismo, lo que constituía la peor de las traiciones en un pueblo guerrillero hasta la médula. Entonces, nos fuimos de Chimila y ya no tuve tiempo de hablar nunca más con Jaime Arenas.

Al año siguiente, una vez que pasaba por San Francisco en un carro que cubría la ruta hacia El Copey, lo vi sentado bajo un almendro en el bochorno del mediodía, con un AK-47 entre las piernas y el camuflado, sin duda de una talla superior a la suya, empapado en sudor. Imaginé que venía de lejos, que tendría

sed y que no tenía dinero siquiera para tomarse una gaseosa. Sentí un ramalazo de compasión aderezado con tres gotas de rabia. No entendía, todavía no entiendo, qué hacía aquél muchacho de risa alegre, que se había sentado a la diestra de mi corazón durante tres años seguidos, aspado de sed, ahí, con aquella panda de homicidas.

Jaime cumplió su palabra. Se enroló, sin duda entusiasmado, al ELN. Pero no fue el único. Antes o después se fueron a la guerra otros muchachos cuyos nombres son apenas alias o patronímicos. Isidro, Pino, el gato, Valenciano, los Hernández, los Sepúlveda, los Castellón, los Rodríguez, los perritos, los cucarachos, los chulos, el pecas, el bejuco. Hacer la lista me resulta harto fatigoso y duele adentro. Cada uno es una historia particular, una vida truncada, una muesca de dolor en la memoria del pueblo. Cada uno de esos chicos pude haber sido yo. De hecho, yo también soy ellos. Yo, que hice otra vida y estudié, contra todas las posibilidades, en la Universidad Nacional y hablo todavía de futbolito y de chicas utópicas.

Una década después de aquella conversación en el palo de mamoncillo, mientras recolectaba café por la alta sierra, alguien me dijo que a Jaime lo habían capturado y que pagaba condena en la cárcel de máxima seguridad de Valledupar. El año pasado me contaron que era un hombre muerto.

No sé cómo termina esta historia. No sé si termina.